Cinco instantes del *DIARIO ÍNFIMO* de Mercedes Roffé

por Rodolfo Häsler

*Diario ínfimo* (Sevilla, La Isla de Siltolá, 2016), la nueva publicación de la poeta argentina Mercedes Roffé, se nos abre y –como el diario que también es– se nos hunde en el cuerpo, con sus fragmentos y astillas que no buscan traernos ni paz ni bienestar, sino más bien aguijonearnos, y con esa hendidura en la carne que deja ver aquello que bulle dentro, nos arrastra hasta otra opción, nos obliga a participar, nos aleja de todo lo externo.

Mercedes Roffé nos deslumbra siempre, siempre ofrece un giro inesperado, nos vira la cara del otro lado. En este *Diario ínfimo*, la pequeñez, lo diminuto o ínfimo, es sólo aquel fragmento de espina que debajo de la uña molesta y que, tratando de sacarlo a la luz, lejos de la suave carne herida, nos hurga y nos desgarra.

El primer poema se titula “Pero”, una conjunción adversativa que falla, no hay un concepto que se contrapone a otro, más bien sobrepone un concepto sobre otro, como si se tratase de un mosaico que oculta a otro debajo, un mosaico púnico debajo de otro romano, quizá en Cartago, ese Cartago de Cirlot, con temas y estéticas que acaban intercomunicadas. Y como ese *pero* no toma un camino sencillo, cada vez que se lee se navega hacia un puerto púnico o se toma una vía romana hacia el descubrimiento.

Unas páginas más allá encontramos el poema “Intercambios”, en el que se menciona “un hueco frío como un acantilado”. No hay en estos poemas opciones fáciles, no se busca el bienestar, la molicie, como ya vemos desde el inicio, en el despegue, y siente desde la primera línea. Y como el discurso aquí nunca anda por un camino plano, se va oscilando, casi escalando, desde la base de una obra escultórica de palabras, alrededor de cuya corporeidad podemos dar vueltas en todas direcciones, y si tropezamos porque alzamos demasiado la mirada, podemos caer en ese hueco frío que es la pura y justa distancia que permite reconocernos, ver delante esa parte nuestra que quizá no hemos aireado lo suficiente.

Abro al azar, y doy con “Reminiscencias”, donde conviven la fuerza del animal y la belleza de una flor, el perfume de un jazmín de El Cabo, dos seres concebidos sin embargo como una unidad que se va despertando, abriendo ante la luz, y posteriormente desflorando. Algún jirón rosado desplegándose, como dice la poeta, ese jirón por el que sentir curiosidad y que nos obliga a entrar en un laberinto que me lleva al que tenemos aquí, frutal, verde, y a la vez resinoso, donde dejarse perder, llevar, hasta sentir pánico, la angustia que nos lleva a reclamar una solución. Esa complejidad que guardan los versos, dentro de un cáliz vegetal, un mundo que conocemos sólo por los ojos y que supera el frío, es resistente, quizá pierde su esplendor, pero renace una vez las condiciones del lector son las idóneas.

Y descubrimos más allá “Matices”, donde todo reverbera a través de un cristal. Los ojos que ven, esa mirada del poeta que elije, y es su propio aprendizaje personal. Los ojos que ven, los ojos que no ven, los ojos que ven más allá, más de lo que quisieran ver. A veces las cosas llegan y no se desean, se imponen, y nos atrapa cierta forma de descubrimiento, ojos que en todo caso viven y escrutan la soledad, ojos fijos de un animal muerto. Y es un punto de vista estético. *Diario ínfimo* es un descubrimiento ético y estético, una huella interior que aparece y mancha con su sombra el lugar donde el poeta se sitúa. La belleza de los versos, de los fragmentos, son astillas, esquirlas que han rozado otra vez la carne.

“Mirages”, aparece titulado así, en francés, una palabra que significa “espejismo, ilusión óptica debida a la reflexión de la luz cuando atraviesa capas de aire de diversas densidades”. Y es que el poema en Mercedes Roffé es siempre luz detenida, un rayo lumínico que deslumbra y ciega, para al rato dejarnos regresar a uno mismo, pero ya después de haber pasado por esa inflexión. Transformación. El poema es luz, sorpresa, descubrimiento de lo que hay del otro lado, como dice la poeta, “donde la voz es un hueco índigo”. Qué se puede decir con mayor exactitud de este diario/libro de poemas: la voz es un hueco índigo, y la voz, la palabra, es también el aliento del alma. En hebreo *alma* y *viento* son la misma palabra. La voz llega al oído arrastrada por el aire, en el viento. Aunque no podamos alcanzar el cielo, la voz, con su hueco color índigo, lo intenta –un intento sin el cual nada tiene sentido.

Pero hay mucho más en este libro: hay “Tiempos”, hay “Pasos”, hay “Urgencias”, hay “Cuervos y “Comienzos”… un libro que recomiendo leer como uno de los libros de poesía más importantes editados en España en lo que va del año.